



Pablo Mourier

El número 7

B

RELATOS
DEL SUR

El número 7

Al Zurdo no le faltaban razones para vivir escondido; solo él podía echar luz sobre lo que había pasado aquella noche, la más triste y recordada en el pueblo. Yo también sabía, pero no iba a abrir la boca, la amistad siempre está primero. Prefería quedarme callado, por más que hablaran barbaridades a escondidas. Eso era lo más injusto de todo, ¿o acaso pensaban que a mí no me dolía? Ellos al menos podían rumiar su bronca en el café, discutir una y mil veces lo que había sucedido en ese último partido, cuando todo era una fiesta. Teorías había de sobra, en todas el culpable era yo. Ninguno me lo decía de frente, pero yo igual me enteraba, de esas cosas uno siempre se entera.

—La culpa es del Tano, que lo colgó al Zurdo justo en el partido final —decían levantando la voz, con la misma bronca del primer día.

Era furia, y sobre todo impotencia, es que nadie podía entender cómo se nos había escapado el campeonato, si lo veníamos festejando desde una semana antes.

Yo no lo culpaba al Zurdo por haberse rajado, y tampoco iba a abrir la boca para ensuciarlo. Cómo lo iba a ensuciar, si los padres eran vecinos del barrio y a él lo conocía desde recién nacido. Cómo lo iba a ensuciar, si fui yo el que lo llevó al club y también el que lo hizo debutar en primera. Si alguien lo conocía bien al Zurdo, ese era yo.

Ya desde chico pintaba para crack, los picados en el campito del fondo lo habían marcado para siempre. Con seis hermanos más grandes, el Zurdo había tenido que refugiarse en su habilidad, y en eso era bueno en serio. Un desfachatado que le pintaba la cara a quien que se le cruzara en el camino, los grandotes no podían pararlo ni a patadas. Con ocho años recién cumplidos lo fiché para el Deportivo Social. Y a los quince lo puse en primera, esa temporada nos quedamos sin voz de tanto gritar sus goles. Salimos terceros, el Deportivo nunca había llegado tan alto.

En sus buenos tiempos, el Zurdo había sido un siete para el infarto. Eléctrico, atrevido, el mejor wing que alguna vez haya vestido los colores del club. El tipo se recostaba sobre la derecha para después meter la diagonal y clavártela en un ángulo con su pierna más hábil. Cuando encaraba, hacía desastres. ¡La de veces que vinieron de Buenos Aires para llevárselo! Yo siempre los sacaba carpiendo, siempre, el Zurdo era nuestro y yo tenía que cuidarlo. Pero claro, eso jamás me lo reconocieron, solo putearme por no ponerlo en el partido final, por más que todos sabíamos que, con casi cuarenta, ya no era el de antes. A tres años de aquella noche, en el café seguían hablando las mismas pavadas:

—¡Decime qué le costaba al Tano ponerlo unos minutos, si hasta perdiendo salíamos campeones!

O si no la otra, típica:

—¡Mirá si no era la noche perfecta para que El Zurdo se despidiera a lo grande!

O la más ofensiva de todas, la más miserable:

—¿Sabés qué pasa? El Tano no quiso compartir la gloria, fue por eso que no lo puso ni en el banco.

Da bronca, claro que me da bronca. Más que nada porque en aquel momento todos aplaudieron cuando entró Tolosa.

Digan lo que digan, el único que lo cuidó al Zurdo esa noche fui yo, el único. Los demás se acordaron después, para poder echarle la culpa a alguien.

La primera parte de la historia la sabemos todos, fue comentada hasta el cansancio. El Deportivo llegaba puntero al último partido, primero y cómodo: tres puntos arriba del segundo y mejor diferencia de gol. Éramos campeones hasta perdiendo por dos goles, y encima jugábamos en nuestra cancha. Todo prometía ser perfecto. Tan perfecto que los dirigentes del club decidieron que el partido se jugara de noche; la tan postergada inauguración de las luces del estadio iba a ser el broche de oro de los festejos. Y así fue, o al menos en parte. Pasa que las torres de iluminación resultaron ser unas columnas de caño con reflectores de mala muerte, la verdad es que daba vergüenza. Pero bueno, qué podían importar las luces, si las tribunas estaban encendidas como nunca; era la noche del campeonato y no había lugar para reproches. Apenas algunos cantos sobre la honestidad de los dirigentes del club, estribillos ingeniosos que obligaron a una rápida respuesta del poeta del tablón, Ramírez Anzávez, que se despachó a sus anchas por los altoparlantes:

—No hay tecnología lumínica capaz de eclipsar la luna llena que hoy engalana nuestro firmamento. ¡A estos muertos los bailamos hasta con las luces apagadas!

Sus palabras arrancaron una ovación, ya se sabe que bajo los efectos del alcohol se festeja cualquier cosa. Aun así, en algo no estaba errado el poeta: sobre las tribunas del estadio, soberbia, la luna se sumaba a los festejos con su redondez más perfecta.

Después vino el partido, ¿qué más puede agregarse que no se haya dicho en estos años? Anduvimos flojos, desconcentrados, sin piernas. ¿Y qué pretendían? ¡Si habíamos estado de

brindis en brindis toda la semana! Como venía la cosa, pintaba para un empate sin goles, o por ahí hasta nos metían uno sobre el final. A la gente no le importaba, pero a mí sí: ¿o me van a decir que es lo mismo salir campeones con un empate, que perdiendo el invicto en nuestra propia cancha?

Pregunté la hora.

—Faltan diez —me dijeron.

Entonces, me di vuelta y miré al banco. Sentí el murmullo en las tribunas, sabía perfectamente lo que me estaban pidiendo. Me dio pena por El Zurdo, pero esa noche no lo podía arriesgar. No dudé: metí un cambio para aguantar el empate; Tolosa era un tronco pero defendía bien en los centros por arriba. En la platea lo aplaudieron a rabiar, los mismos que después me putearon por haberlo dejado al Zurdo en el vestuario.

Y bueno, pasó lo que pasó, fue todo muy rápido y confuso. Y para colmo, la luz no ayudaba, por suerte nos quedaba la luna. La gente seguía ovacionando a Tolosa, cuando vio que un perro enorme entraba a la cancha vestido con la camiseta del Deportivo. La verdad que el animal era imponente. En el barrio jamás se había visto un perro como ese: altivo, fibroso, deslumbrante por lo fiero. Parecía poseído, corría como un rayo zigzagueante. Empujaba la pelota con el hocico y una destreza nunca vista, los colmillos blancos y filosos como los de un lobo. En las tribunas la gente enloquecía con cada freno en seco del animal, con cada volver a acelerar, con cada esquivar a quien pretendiera cortar el paso. Un policía se rompió el tobillo cuando intentó frenarlo pegando bastonazos al aire. Ahí nomás, un par de defensores le salieron al cruce, pero chocaron entre sí y quedaron desparramados sobre el pasto. El último obstáculo que le faltaba sortear era el arquero de ellos, lo tenía justo enfrente. Aterrado, el pibe salió rajando hacia uno de los laterales, mientras la bestia se metía en el arco con

pelota y todo. La tribuna se vino abajo, fue un grito ensordecedor, saltos y abrazos en medio del delirio. La gente tropezaba y rodaba en avalanchas interminables. Por fin, el alambrado cedió y el malón nos arrastró hasta el medio de la cancha.

Espantado, el árbitro escapó hacia el vestuario. Los mismos que ahora me putean se cagaban de la risa al ver cómo corría, le revoleaban botellas de cerveza y le gritaban barbaridades. La confusión era absoluta. Una muchedumbre enloquecida perseguía a los jugadores para desnudarlos y llevarse la ropa como trofeo. Otros corríamos al árbitro para que no fuera a hacer boludeces, faltaban diez minutos y había que jugarlos. Varios malinterpretaron la corrida y lo taclearon, y una vez en el piso lo cagaron a patadas. El tipo puso todo eso en el informe, un desastre. Clausura del estadio, multa al club y sanción deportiva con quita de diez puntos. Un campeonato perdido de manera inexplicable.

Intentamos apelar, hicimos todo lo posible. La señora del bufet juró que había visto a la fiera escapando hacia la entrada, cosa que nunca pudo comprobarse. El animal no fue encontrado ni volvió a ser visto en el pueblo, jamás se supo cómo había llegado al estadio ni quién lo hizo entrar a la cancha con la camiseta del Deportivo. Tampoco quedó registrado en fotos ni en filmación alguna. El misterio más absoluto, la misma repetida impotencia.

—¡Qué perro ni qué perro —se enardecían—, a mí no me vengan más con esa historia ridícula del perro! ¡Acá la culpa fue del Tano, que lo dejó al Zurdo en el vestuario!

En el café se seguía discutiendo a los gritos, siempre en mi ausencia. Hasta que un día, tuve revancha.

Esa tarde llegué más temprano que de costumbre, entré al bar justo cuando me estaban puteando. El que me vio primero

avisó a los demás, y de inmediato se hizo un silencio de muerte. Hasta el mozo quedó mudo. Entonces, encaré directo hacia la mesa. En el camino tomé una silla y la llevé a la rastra, golpeando otras sillas a mi paso. Se abrieron para hacerme lugar, éramos demasiados alrededor de una mesa tan chica. Me senté en una de las cabeceras y los fui mirando a los ojos, uno a uno, todavía sin abrir la boca. Nunca llegaba tan temprano, era evidente que había pasado algo.

—Apareció el Zurdo —dije, y pedí un café como si nada.

Los de la mesa me miraban con ojos enormes, parecían muñecos de cera, desesperados por que contara. Yo no tenía apuro, quería disfrutarlo. Me habían bardeado feo durante casi tres años, ahora iban a esperar a que terminara mi café.

—Los hermanos del Zurdo me contactaron hace un par de semanas —dije mientras dejaba el pocillo sobre el plato—. Fue cosa de ellos, porque él todavía no se animaba. Al pedo, si yo lo supe siempre y nunca dije nada. Si esa noche no lo puse, fue justamente por eso, para cuidarlo.

Vi que ninguno tenía intención de interrumpirme. Entonces, seguí:

—Esta mañana me interceptaron con una chata en la esquina del kiosco, estaban sus seis hermanos, el más grande manejaba. Los otros cinco me subieron de prepo, y me llevaron a verlo. No sé dónde estuve, parecía un taller mecánico o una gomería en la ruta. Esperé un buen rato, y en eso apareció El Zurdo. Estaba canoso y con barba, descuidado, la verdad que costaba reconocerlo. Se me sentó enfrente pero no se animó a mirarme a los ojos. Estuvo un rato así, ni una palabra.

En el bar el tiempo se había cristalizado. Los muchachos seguían pareciendo muñecos, creo que ni respiraban. Entonces, no di más vueltas.

—El Zurdo me pidió que lo grabara, así podía hablarnos a

todos. Fue la confesión más triste.

Apoyé el celular sobre la mesa y les hice escuchar el mensaje.

“Les pido perdón a todos. En especial a vos, Tano, porque sos amigo y sos de fierro, te la bancaste sin decir una palabra. Yo te juro que esa noche intenté hacerte caso, Tano, te juro que lo intenté, pero no pude. Por favor, les pido que me entiendan: era el partido final, el gol del triunfo, la noche del campeonato. Justo para mí, séptimo hijo varón y con luna llena”.



Leer más cuentos en www.pablomourier.com.ar